

La última página

Alberto Manguel

En: *Una Historia de la lectura*. Bogotá, Norma, 1999.

(Capítulo del libro digitalizado para uso estrictamente académico de acuerdo al espíritu de los principios de "uso justo", común a la legislación sobre derechos de autor)

Con un brazo caído sobre el costado, y la otra mano apoyada en la frente, el joven Aristóteles, en una cómoda silla y con los pies cruzados, lee lánguidamente un manuscrito desplegado sobre el regazo. En un retrato pintado quince siglos después de la muerte del poeta, un Virgilio con turbante y barba frondosa, que sostiene unos quevedos sobre su huesuda nariz, pasa las páginas de un docto volumen. Descansando sobre un amplio escalón y sosteniéndose delicadamente la barbilla con la mano derecha, santo Domingo, olvidado del mundo, está absorto en el libro que mantiene abierto sobre las rodillas. Dos amantes, Paolo y Francesca, sentados muy juntos bajo un árbol, leen un verso que será su perdición: Paolo, como santo Domingo, se toca la barbilla con la mano; Francesca sostiene el libro abierto, señalando con dos dedos una página a la que nunca llegarán. De camino hacia la facultad de medicina, dos estudiantes islámicos del siglo XII se detienen para consultar un pasaje de uno de los libros que llevan consigo. El Niño Jesús, la mano en la página derecha del libro que tiene abierto sobre su regazo, interpreta en el templo, para los doctores, lo que allí está escrito; ellos, por su parte, asombrados pero escépticos, pasan en vano las páginas de sus respectivos volúmenes en busca de una refutación.

Tan hermosa como cuando vivía, y mientras un perrillo faldero la contempla interesado, la noble dama milanese Valentina Balbiani hojea las páginas de un libro de mármol sobre la tumba que reproduce, en bajorrelieve, la imagen de su cuerpo demacrado. Lejos de la atareada ciudad, entre arena y rocas abrasadas, san Jerónimo, como un anciano viajero que todos los días espera el mismo tren para ir a trabajar, lee un manuscrito como si fuera un periódico de nuestros días mientras, en un rincón, un león le escucha tumbado. El gran erudito Erasmo de Rotterdam cuenta a su amigo Gilbert Cousin el chiste que ha encontrado en el libro que descansa sobre su atril. Arrodillado entre adelfas florecidas, un poeta indio del siglo XVII, que sostiene un libro bellamente encuadernado, se acaricia la barba mientras reflexiona, para captar todo su sabor, sobre los versos que acaba de leer en voz alta. De pie, delante de una larga hilera de estanterías toscamente labradas, un monje coreano saca una, entre las ochenta mil tablillas del Tripataka Koreana, obra con siete siglos de antigüedad, y se dispone a leerla con silenciosa atención. "Study to be quiet" [Estudia para alcanzar el sosiego] es el consejo de un

desconocido autor de vidrieras que retrató a Izaak Walton, pescador y ensayista, leyendo un librito a orillas del río Itchen, cerca de la catedral de Winchester.

Completamente desnuda, una María Magdalena muy bien peinada y aparentemente nada arrepentida, lee, tumbada sobre una tela extendida sobre una roca en un lugar solitario, un gran libro ilustrado. Haciendo uso de su talento histriónico, Charles Dickens sostiene un ejemplar de una de sus novelas, del que se dispone a leer a un público entusiasta. Inclinado sobre un pretil a la orilla del Sena, un joven se pierde en el libro (¿cuál será?) que tiene abierto ante él. Impaciente o aburrida, una madre sujeta el libro en el que su hijo pelirrojo trata de seguir las palabras con la mano derecha sobre la página. Absorto, Jorge Luís Borges cierra con fuerza los ojos para oír mejor las palabras de un lector invisible. En un bosque, entre sombras y luces, sentado en un tronco musgoso, un muchachito sostiene un libro que está leyendo tranquilamente, dueño absoluto del tiempo y del espacio. Todos son lectores y yo tengo en común con ellos sus gestos y su arte, así como la satisfacción, la responsabilidad y el poder que la lectura les proporciona. No estoy solo.

A los cuatro años descubrí que sabía leer. Había visto, innumerables veces, las letras que, según sabía (porque me lo habían explicado), eran los nombres de las ilustraciones bajo las que estaban colocadas. El niño (en inglés *boy*) dibujado con enérgicos trazos negros y vestido con unos pantalones cortos de color rojo y una camisa verde (la misma tela roja y verde de la que estaban cortadas todas las demás imágenes del libro, perros y gatos y árboles y madres altas y delgadas), era también de algún modo, me daba cuenta, las negras formas severas situadas debajo, como si el cuerpo del niño hubiera sido descuartizado para crear tres figuras muy nítidas: un brazo y el torso, b; la cabeza cortada, perfectamente redonda, o; y las piernas caídas, y. Dibujé ojos en la cara redonda, y una sonrisa, y también llené el círculo vacío del torso. Pero había más: yo sabía que aquellas formas no sólo reflejaban al niño, sino que también podían contarme con toda precisión lo que el niño estaba haciendo, brazos extendidos y piernas separadas. El niño corre, decían las formas. No estaba saltando, como yo podría haber pensado, ni fingiendo haberse quedado congelado de pronto, ni jugando a un juego cuyas reglas y finalidad yo desconocía. El niño corre.

Pero aquellas percepciones eran simples actos de prestidigitación que perdían gran parte de su interés porque otra persona los había ejecutado para mí. Otro lector -mi niñera, probablemente- me había explicado el valor de aquellas formas y después, cada vez que el libro, al abrirse, me mostraba la imagen exuberante de aquel muchacho, sabía cuál era el significado de las formas que tenía debajo. Se trataba, sin duda, de una experiencia placentera, pero fue perdiendo intensidad con el paso del tiempo. Faltaba la sorpresa.

Un día, sin embargo, a un lado de la carretera, desde la ventanilla de un coche (no recuerdo ya el destino de aquel viaje), vi un cartel. La visión no pudo haber durado

mucho tiempo; tal vez el automóvil se detuvo un instante, quizás sólo redujo la velocidad lo suficiente para que yo viera, de gran tamaño y semejantes a una aparición, formas similares a las de mi libro, pero formas que no había visto nunca antes. Supe, sin embargo, de repente, lo que eran; las oí en mi cabeza; se metamorfosearon, dejaron de ser líneas negras y espacios blancos para convertirse en una realidad sólida, sonora, plena de significado. Todo aquello lo había hecho yo solo. Nadie había realizado por mí aquel acto de prestidigitación. Las formas y yo estábamos solos, revelándonos mutuamente en silencio, mediante un diálogo respetuoso. El haber podido transformar unas simples líneas en realidad viva, me había hecho omnipotente. Sabía leer.

Ignoro que palabra fue la que leí en aquel cartel de hace tantos años (vagamente me parece recordar que tenía varias aes), pero la sensación repentina de entender lo que antes sólo era capaz de contemplar es aún tan intensa como debió de serlo entonces. Fue como adquirir un sentido nuevo, de manera que ciertas cosas ya no eran únicamente lo que mis ojos veían, mis oídos oían, mi lengua saboreaba, mi nariz olía y mis dedos tocaban, sino que eran, además, lo que mi cuerpo entero descifraba, traducía, expresaba, leía.

Los lectores de libros, una familia a la que me estaba incorporando sin advertirlo (siempre nos creemos solos en cada descubrimiento, y cada experiencia, desde que nacemos hasta que morimos, nos parece atterradoramente singular), amplían o concentran una función que nos es común a todos. Leer letras en una página es sólo una de sus muchas formas. El astrónomo que lee un mapa de estrellas que ya no existen; el arquitecto japonés que lee el terreno donde se va a edificar una casa con el fin de protegerla de fuerzas malignas; el zoólogo que lee las huellas de los animales en el bosque; la jugadora de cartas que lee los gestos de su compañero antes de arrojar sobre la mesa el naipe victorioso; el bailarín que lee las anotaciones del coreógrafo y el público que lee los movimientos del bailarín sobre el escenario; el tejedor que lee el intrincado diseño de una alfombra que está fabricando; el organista que lee simultáneamente en la página diferentes líneas de música orquestada; el padre que lee el rostro del bebé buscando señales de alegría, miedo o asombro; el adivino chino que lee las antiguas marcas en el caparazón de una tortuga; el amante que de noche, bajo las sábanas, lee a ciegas el cuerpo de la amada; el psiquiatra que ayuda a los pacientes a leer sus propios sueños desconcertantes; el pescador hawaiano que, hundiendo una mano en el agua, lee las corrientes marinas; el granjero que lee en el cielo el tiempo atmosférico; todos ellos comparten con los lectores de libros la habilidad de descifrar y traducir signos. Algunos de esos actos de lectura están matizados por el conocimiento de que otros seres humanos crearon con ese propósito la cosa leída -anotaciones musicales o señales de tráfico, por ejemplo- o que lo hicieron los dioses: el caparazón de la tortuga, el cielo nocturno. Otros dependen del azar. Y, sin embargo, es el lector, en cada caso, quien interpreta el significado; es el lector quien atribuye a un objeto, lugar o acontecimiento (o reconoce en ellos) cierta posible legibilidad; es el lector quien ha de atribuir sentido a un sistema de

signos para luego descifrarlo. Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. Leemos para entender, o para empezar a entender. No tenemos otro remedio que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función esencial.

No aprendí a escribir hasta mucho después, cumplidos los siete años. Quizá pudiese vivir sin escribir. No creo que pudiera vivir sin leer. La lectura -descubrí- precede a la escritura. Una sociedad puede existir –muchas existen de hecho- sin escribir¹, pero no sin leer. Según el etnólogo Philippe Descola², las sociedades sin escritura tienen un sentido lineal del tiempo, mientras que las sociedades en las que se lee y se escribe el sentido del tiempo es acumulativo; ambas sociedades se mueven dentro de esos tiempos distintos, pero de igual complejidad, leyendo la multitud de signos que el mundo ofrece. Incluso en sociedades que ponen por escrito su historia, la lectura precede a la escritura; el futuro escritor ha de saber reconocer y descifrar el sistema de signos sociales antes de utilizarlos en la página escrita. Para la mayoría de las sociedades que utilizan lectura y escritura - para las sociedades islámica, judía y cristiana como la mía, para los antiguos mayas, para las vastas culturas budistas- leer se sitúa al principio del contrato social; aprender a leer fue mi rito de paso.

Una vez que aprendí a leer las letras, lo leía todo: libros, pero también carteles, anuncios, la letra pequeña en el revés de los billetes del tranvía, cartas tiradas a la basura, periódicos deteriorados por la intemperie que encontraba debajo de los bancos del parque, pintadas, contracubiertas de revistas que otros viajeros leían en el autobús. Cuando descubrí que Cervantes, por su afición a leer, leía "aunque sean los papeles rotos de las calles"³, entendí perfectamente la necesidad que lo empujaba a esta pasión de basurero. El culto al libro (en pergamino, papel o pantalla) es uno de los dogmas de una sociedad que lee y escribe. El Islam aún lleva más lejos esa idea: el Corán no es sólo una de las creaciones de Dios, sino uno de sus atributos, como su omnipresencia o su compasión.

Debo a los libros mis primeras experiencias. Cuando más tarde en la vida me tropecé con acontecimientos o circunstancias o personajes semejantes a algo que había leído, tenía normalmente la sensación ligeramente sorprendente, pero decepcionante, de lo *déjà vu*, al imaginar que lo que ahora estaba ocurriendo ya me había sucedido en palabras, ya tenía nombre. El texto hebreo más antiguo que todavía se conserva sobre pensamiento sistemático, especulativo -el *Sefer Yezirah*, escrito en el siglo VI- afirma que Dios creó el mundo mediante treinta y

¹ Claude Levi-Strauss, *Tristes Tropiques* (Paris, 1955). Levi-Strauss llama 'sociedades frías' a las sociedades sin escritura porque su cosmología trata de anular la secuencia de acontecimientos que constituye nuestra noción de la historia.

² Philippe Descola, *Les lances du crépuscule* (Paris, 1994).

³ Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., ed. Celina S. de Cortízar & Isaías Lerner (Buenos Aires, 1969), 1:9.

dos secretos caminos de sabiduría: diez números o *Sefirot* y veintidós letras⁴. A partir de los *Sefirot* se crearon todas las cosas abstractas; y a partir de las veintidós letras todos los seres reales en los tres estratos del cosmos: el mundo, el tiempo y el cuerpo humano. El universo, en la tradición judeo cristiana, se concibe como un Libro hecho de números y letras; la clave para entender el universo se halla en nuestra habilidad para leer adecuadamente esos números y esas letras y en saber cómo se combinan, para aprender de esa manera, a dar vida a alguna parte de ese texto colosal, a imitación de nuestro Hacedor. (Según una leyenda del siglo IV, los eruditos talmúdicos Hanani y Hoshaiah estudiaban una vez a la semana el *Sefer Yezirah* y, mediante la correcta combinación de Tetras, creaban una ternera de tres años con la que luego se les preparaba la comida.)

Mis libros eran para mí transcripciones o glosas de aquel otro Libro colosal. Miguel de Unamuno habla, en un soneto⁵, del Tiempo, cuya fuente está en el futuro; mi vida de lector me producía esa misma sensación de fluir contra corriente, viviendo lo que ya había leído. Por la calle donde vivíamos pululaban hombres perversos, dedicados a sus turbios asuntos. El desierto, que no estaba lejos de nuestra casa de Tel Aviv, donde viví hasta los seis años, era prodigioso, porque yo sabía que, en sus arenas, junto a la carretera asfaltada, estaba enterrada una Ciudad de Bronce. La gelatina de frutas era una sustancia misteriosa que nunca había visto pero que conocía por los libros de Enid Blyton y que jamás alcanzó, cuando por fin la probé, la calidad de aquella ambrosía literaria. Escribí a mi lejanísima abuela, quejándome de alguna desgracia menor, confiando en que ella se convertiría en el manantial de la misma maravillosa libertad que alcanzaban mis huérfanos literarios al recobrar parientes perdidos; en lugar de remediar mis penas, la abuela mandó la carta a mis padres, que encontraron mis quejas poco divertidas. Yo creía en la brujería, y estaba seguro de que algún día se me concederían los tres deseos que incontables historias me habían enseñado a utilizar correctamente. Me preparé para encuentros con fantasmas, con la muerte, con animales parlantes, con la violencia; hice planes muy complicados para viajar hasta islas que serían escenarios de aventuras en las que Simbad se convertiría en mi amigo del alma. Tan sólo cuando, años más tarde, toqué por vez primera el cuerpo de mi amante, comprendí que, a veces, la literatura puede no llegar a la altura de la realidad.

Stan Persky el ensayista canadiense, me dijo en una ocasión que "a cada lector le corresponden un millón de autobiografías", dado que, en un libro tras otro, creemos encontrar huellas de nuestra vida. "Escribir nuestras impresiones sobre Hamlet cuando volvemos a leerlo año tras año", escribió Virginia Woolf, "sería prácticamente como redactar nuestra autobiografía, porque a medida que sabemos más sobre la vida descubrimos que Shakespeare también habla de lo

⁴ Gershom Scholem, *Kabbalah* (Jerusalén, 1974).

⁵ Miguel de Unamuno, soneto sin título en *Poesía completa* (Madrid, 1979).

que acabamos de aprender"⁶. Mi impresión no era exactamente ésa. Si los libros eran autobiografías, lo eran antes de que sucedieran los hechos, y yo reconocía acontecimientos posteriores en cosas ya leídas de H. G. Wells, en *Alicia en el país de las maravillas*, en el lacrimoso *Corazón* de Edmundo de Amicis, en las aventuras de Bomba, el niño de la selva. Sartre, en sus memorias, confesaba algo muy parecido. Al comparar la flora y la fauna encontradas en las páginas de la enciclopedia Larousse con la realidad del Jardín de Luxemburgo, descubrió que "los monos del zoológico eran menos monos, y las personas, menos personas. Al igual que Platón, pasó del conocimiento a su objeto. Hallo más realidad en la idea que en la cosa misma, porque la idea se me daba antes y se me daba como cosa. Era en los libros donde había encontrado el universo: digerido, clasificado, etiquetado, meditado, aunque todavía formidable"⁷.

La lectura me proporcionaba una excusa para aislarme, o quizá daba sentido al aislamiento que se me había impuesto, ya que, durante toda mi temprana infancia, hasta que regresamos a Argentina en 1955, había vivido aparte del resto de mi familia, al cuidado de una niñera en una habitación separada de la casa. Por entonces mi sitio preferido para entregarme a la lectura era el suelo de mi habitación, boca abajo, los pies enganchados en los travesaños de una silla. Más adelante, la cama, entrada ya la noche, se convirtió en el sitio más seguro y más apartado, en la nebulosa región entre la vigilia y el sueño. No recuerdo que me sintiera nunca solo; de hecho, en las raras ocasiones en que me reunía con otros niños, sus juegos y sus conversaciones me parecían mucho menos interesantes que las aventuras y los diálogos de mis libros. El psicólogo James Hillman afirma que quienes han leído cuentos o a quienes les han leído cuentos en la infancia "están en mejores condiciones y tienen un pronóstico más favorable que aquellos pacientes que no disponen de ese caudal... Lo que se recibe a una edad temprana y está relacionado con la vida proporciona ya una perspectiva sobre la vida". Para Hillman, estas primeras lecturas se convierten "en algo vivido y vivido a fondo; una manera, para el alma, de zambullirse en la vida"⁸. A esas lecturas, y por esa razón, he vuelto una y otra vez. Aun sigo haciéndolo.

Como mi padre era diplomático viajábamos mucho, y los libros me proporcionaban un hogar permanente, en el que podía habitar como quisiera y en cualquier momento, por muy extraña que fuese la habitación en la que tuviera que dormir o por muy ininteligibles que fueran las voces al otro lado de la puerta. Muchas noches encendía la luz de mi mesilla, mientras mi niñera trabajaba con su tejedora eléctrica o roncaba en la cama vecina, e intentaba, simultáneamente, acabar el libro que estaba leyendo, y retrasar el final lo mas posible retrocediendo algunas

⁶ Virginia Woolf, 'Charlotte Bronte', en *The Essays of Virginia Woolf*- vol. 2º: 1912 -1918, ed. Andrew McNeillie (Londres, 1987).

⁷ Jean-Paul Sartre, *Les mots* (Paris, 1964).

⁸ James Hillman, "A Note on Story", en *Children's Literature: The Great Excluded*, vol. 3º, ed. Francelia Butler & Bennett Brockman (Filadelfia, 1974)

páginas en busca de algún pasaje con el que hubiera disfrutado, o para comprobar detalles que quizá se me hubieran escapado.

Nunca hablaba con nadie de mis lecturas; la necesidad de compartirlas llegó después. Por aquel entonces yo era absolutamente egoísta y me identificaba por completo con los versos de Stevenson:

Así era el mundo y yo era rey;

Para mi zumbaban las abejas

, Volaban para mí las golondrinas⁹.

Cada libro era un mundo, y en él me refugiaba. Aunque me sabía incapaz de inventar relatos como los que escribían mis autores preferidos, advertía que, con frecuencia, mis opiniones coincidían con las suyas y (recurriendo a la frase de Montaigne) "me acostumbré a seguirlos desde lejos, murmurando: ¡fijaos, fijaos!"¹⁰. Más adelante logré disociarme de sus invenciones; pero en mi infancia y buena parte de mi adolescencia, lo que el libro me contaba, por fantástico que fuera, era verdad en el momento de leerlo, y tan tangible como el material con que estaba hecho el libro. Walter Benjamín describió la misma experiencia: "¿Qué fueron para mí mis primeros libros? Para recordarlo tendría que olvidar primero todo lo demás que sé sobre libros. Es verdad que todos mis conocimientos de hoy sobre ellos descansan sobre la disponibilidad con que me dejé penetrar por los libros; pero si bien contenido, tema y materia son ahora cosas distintas del libro, antiguamente estaban sola y exclusivamente en él, sin ser más externos o independientes que ahora su número de páginas o el tipo de papel con que están hechos. El mundo que se manifestaba en el libro y el libro mismo no debían separarse por ningún concepto. De manera que, con cada libro, también estaban plenamente allí, al alcance de la mano, su contenido y su mundo. Y, de manera similar, aquel contenido y aquel mundo transfiguraban cada una de las partes del libro. Ardían en su interior, lanzaban su resplandor desde él; al no estar simplemente situadas en su encuadernación o en sus ilustraciones, quedaban encerradas como algo precioso en el encabezamiento y en la letra de mayor tamaño con que comenzaba cada capítulo, en sus párrafos y en sus columnas. No leías los libros de un tirón, sino que te detenías; los habitabas, te quedabas prendido entre sus líneas y, al volver a abrirlos después de una pausa, te encontrabas por sorpresa en el punto en el que te habías detenido"¹¹

⁹ Robert Louis Stevenson, "My Kingdom", *A Child's Garden of Verses* (Londres, 1885).

¹⁰ Michel de Montaigne, "Sobre la educación de los niños", en *Les essais*, ed. J. Plattard (Paris, 1947).

¹¹ Walter Benjamin, "A Berlin Chronicle", en *Reflections*, ed. Peter Demetz; traducción de Edmund Jephcott (Nueva York, 1978).

Más adelante, adolescente ya, hice, en Buenos Aires, otro descubrimiento en la gran biblioteca de mi padre (una biblioteca que casi nunca se utilizaba: para llenarla, mi padre había dado instrucciones a su secretaria de que la equipara y ella procedió a comprar libros por metros y a hacerlos encuadernar de acuerdo con la altura de las estanterías, de manera que la parte superior de las páginas en muchos casos había desaparecido y, a veces, hasta faltaban las primeras líneas). Yo había empezado a leer, en la vastísima enciclopedia de Espasa-Calpe, los artículos que, por una u otra razón, imaginaba relacionados con el sexo: "masturbación", "pene", "vagina", "sífilis", "prostitución". Siempre estaba solo en la biblioteca, dado que mi padre la usaba solo en las escasas ocasiones en que tenía que entrevistarse con alguien en casa y no en su oficina. Yo tenía doce o trece años; estaba acurrucado en uno de los grandes sillones, absorto en un artículo sobre los efectos devastadores de la blenorragia, cuando entró mi padre y se instaló en su escritorio. Durante un momento me aterró la idea de que se fijara en lo que estaba leyendo, pero luego me di cuenta de que nadie -ni siquiera mi padre, sentado a muy pocos pasos- podía entrar en el espacio de mi lectura, de que nadie estaba en condiciones de descubrir lo que, lúbricamente, el libro que tenía entre las manos me estaba contando y que nada, excepto mi propia voluntad, permitiría que otros se enterasen. Aquel pequeño milagro era un milagro silencioso, que solo yo conocía. Termine el artículo sobre blenorragia más regocijado que escandalizado. Ulteriormente, en la misma biblioteca, leí, para completar mi educación sexual, *El conformista*, de Alberto Moravia; *La impura*, de Guy Des Cars; *Peyton Place*, de Grace Matalious; *Calle Mayor*, de Sinclair Lewis; y *Lolita*, de Vladimir Nabokov.

Disfruté de intimidad no sólo para leer, sino también para decidir lo que leía, a la hora de elegir mis lecturas en librerías, desaparecidas hace ya mucho tiempo, de Tel Aviv, de Chipre, de Garmish-Partenkirchen, de París, de Buenos Aires. Muchas veces elegía los libros por sus portadas. Hay momentos que todavía recuerdo: el ver, por ejemplo, la sobrecubierta mate de los Rainbow Classics (de la World Publishing Company de Cleveland, Ohio), el deleite que me produjeron las encuadernaciones estampadas que había debajo, y salir luego de la librería con ejemplares de *Hans Brinker o los patines de plata* (que nunca me gustó y que nunca terminé), de *Mujercitas* y de *Huckleberry Finn*. Todos iban precedidos por las introducciones de una tal May Lamberton Becker, llamadas "Cómo llegó a escribirse este libro", y su chismorreo todavía me parece una de las formas más estimulantes de hablar sobre libros. "Fue así como, en una fría mañana escocesa de septiembre de 1880, con la lluvia martilleando en las ventanas, Stevenson se acercó al fuego y empezó a escribir", se leía en la introducción de la señora Becker para *La isla del tesoro*. Aquella lluvia y aquel fuego me acompañaron a lo largo de todo el libro.

Recuerdo, en una librería de Chipre, donde nuestro buque se detuvo unos días, todo un escaparate de cuentos de Noddy, de Enid Blyton, con sus cubiertas de colores chillones, y el placer de imaginarme ayudando al mismo Noddy a construir

su casa, utilizando para ello una caja de bloques de construcción representados en el libro. Más adelante, sin avergonzarme en absoluto, disfruté con la serie *La silla de los deseos*, también de Enid Blyton, de quien ignoraba por entonces que los bibliotecarios ingleses la tildaban de "sexista y esnob". En Buenos Aires descubrí la serie Robin Hood, con el retrato de cada protagonista enmarcado en negro sobre fondo amarillo, y leí allí las aventuras de piratas de Emilio Salgari -*Los tigres de Malasia*-, las novelas de Julio Verne y *El misterio de Edwin Drood*, de Dickens. No recuerdo haber leído nunca las contracubiertas para saber de qué trataban los libros; ignoro incluso si por entonces se resumían los libros en las contracubiertas.

Me parece que leía al menos de dos maneras. La primera consistía en seguir, casi jadeante, acontecimientos y personajes sin detenerme en los detalles, con lo que el ritmo cada vez más veloz de la lectura proyectaba a veces el relato más allá de la última página, como cuando leía a Rider Haggard, la Odisea, Conan Doyle y Karl May, el autor alemán de historias del Lejano Oeste. La segunda manera consistía en una cuidadosa exploración, escudriñando el texto para entender su oscuro significado, encontrando placer en el sonido de las palabras o en las claves que las palabras se resistían a revelar, o en lo que yo sospechaba escondido en las profundidades de la historia misma, algo demasiado terrible o demasiado maravilloso para contemplarlo directamente. Esta segunda manera de leer -emparentada con la manera de leer relatos detectivescos- la descubrí gracias a Lewis Carroll, Dante, Kipling y Borges. También leía desde el punto de vista de lo que, según mi información, se suponía que era el libro (atendiendo a las indicaciones del autor, del editor o de otro lector). A los doce años leí *Una partida de caza*, de Chejov, en una serie de novelas detectivescas y, convencido de que Chejov era un escritor ruso de relatos policíacos, leí a continuación *La dama del perrito* como si la hubiera compuesto un competidor de Conan Doyle, y disfruté de su lectura, aunque el misterio me pareciese de poca entidad. Del mismo modo, Samuel Butler habla de un tal William Sefton Moorhouse quien "queriendo leer, por recomendación de un amigo, *Analogía de la religión*, de Joseph Butler, pese a confundirse de libro, imagino que se estaba convirtiendo al cristianismo con la lectura de *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton. Quedo, sin embargo, muy desconcertado"¹². En el famoso relato "Pierre Menard", publicado en los años cuarenta, Borges sugería que leer *La imitación de Cristo*, de Tomas de Kempis, como si hubiera sido escrita por James Joyce sería "una suficiente renovación de esos tenues avisos espirituales"¹³.

Spinoza, en su *Tractatus Theologico-Politicus* de 1650 (condenado por la Iglesia católica como libro "forjado en el infierno por el diablo y un judío renegado"), ya había señalado el método: "Leemos con frecuencia en libros diferentes historias

¹² Samuel Butler, *The Notebooks of Samuel Butler* (Londres, 1912).

¹³ Jorge Luis Borges, "Pierre Menard, autor del Quijote", en *Ficciones*, (Buenos Aires, 1944).

similares, pero las juzgamos de manera muy distinta según la opinión que nos hayamos formado de sus autores. Recuerdo haber leído en cierta ocasión que un hombre llamado Orlando Furioso solía montar a lomos de una especie de monstruo alado, lo que le permitía volar sobre cualquier país según sus deseos y matar sin ayuda alguna una enorme cantidad de hombres y gigantes, así como otras invenciones semejantes que, desde el punto de vista de la razón, son evidentemente absurdas. También he leído una historia muy parecida en Ovidio, acerca de Perseo, e igualmente, en los libros de los Jueces y de los Reyes, las hazañas de Sansón, quien, solo y desarmado, acabó con millares de filisteos, así como lo sucedido a Elías, quien voló por los aires y llegó finalmente al paraíso en un carro de fuego tirado por fogosos caballos. Todas estas historias son, sin duda, muy parecidas, pero las juzgamos de manera muy distinta. La primera se proponía divertir, la segunda tenía una intención política y la tercera, religiosa"¹⁴. También yo, durante muchísimo tiempo, atribuí intenciones a los libros que leía, esperando, por ejemplo, que *El cantar de los cantares*, en la versión de fray Luis de León, me predicara, puesto que era, según se me decía, una alegoría religiosa, como si yo fuese capaz de escuchar lo que estaba sucediendo en la mente del escritor en el momento de la creación y pudiese obtener la prueba de que el autor, efectivamente, decía la verdad. Ni la experiencia, ni un poco más de sentido común, me han curado aún por completo de ese vicio supersticioso.

A veces los libros mismos eran talismanes: cierta edición en dos volúmenes de Tristram Shandy, un ejemplar de *La bestia debe morir*, de Nicholas Blake, en la edición del Séptimo Circulo, y otro ejemplar, muy estropeado, de *Las aventuras de Alicia*, anotadas por Martín Gardner, que hice encuadernar en el dudoso establecimiento de cierto librero de Belgrano y que me costó la asignación de todo un mes. Leía esos volúmenes con especial cuidado, y los reservaba para momentos también especiales. Tomas de Kempis recomendaba a sus alumnos que tomaran "en sus manos los libros como Simeón, el justo, tomo al Niño Jesús para acunarlo y besarlo. Y que cuando terminaran de leer, cerrasen el libro y dieran gracias por cada palabra salida de la boca de Dios; porque habían encontrado, en el campo del Señor, un tesoro escondido"¹⁵. Y san Benito, en una época en que los libros eran, comparativamente, escasos y caros, mandó a sus monjes sostener "si era posible" los libros "con la mano izquierda, envuelta en la manga del hábito, y descansando sobre las rodillas; mientras que la mano derecha debía estar descubierta para sujetar las páginas y pasarlas"¹⁶. Mis lecturas adolescentes no exigían una veneración tan honda ni unos rituales tan estrictos, pero si poseían cierta solemnidad e importancia secretas que no voy a negar ahora. Yo quería vivir entre libros. En 1964, a los dieciséis años, encontré un

¹⁴ Spinoza, *Tractatus Theologico-Politicus*, traducción de R. H. M. Elwes (Londres, 1889).

¹⁵ Citado en John Willis Clark, *Libraries in the Medieval and Renaissance Periods* (Cambridge, 1894).

¹⁶ *Traditio Generalis Capituli of the English Benedictines* (Filadelfia, 1866).

trabajo, para después de mis clases, en Pygmalion, una de las tres librerías angloalemanas de Buenos Aires. La propietaria era Lily Lebach, una judía alemana que había huido de los nazis y se había instalado en Buenos Aires a finales de los años treinta. La señorita Lebach me adjudicó la tarea diaria de pasarle el plumero a todos los libros de la tienda, un método con el que creyó (muy acertadamente) que pronto conocería de memoria los fondos de la librería y el sitio exacto de cada libro en los estantes. Desgraciadamente, mucho de los libros despertaban en mi la tentación de hacer con ellos algo más que limpiarlos; me exigían que los tomara, los abriera y los inspeccionara y, en ocasiones, ni siquiera bastaba con eso. Más de una vez robé un libro tentador, me lo llevaba a casa oculto en el bolsillo de la chaqueta o del abrigo, porque no sólo tenía que leerlo; necesitaba también poseerlo, llamarlo mío. La novelista Jamaica Kincaid, al confesar un delito similar en la biblioteca de su infancia en Antigua, explicaba que su intención no era robar, pero "que una vez que había leído un libro le resultaba imposible separarse de él"¹⁷. También yo descubrí muy pronto que uno no se limita a leer *Crimen y castigo* o *Un árbol crece en Brooklyn*. Se lee una determinada edición, un ejemplar concreto, que se reconoce por la aspereza o suavidad del papel, por su olor, por una pequeña rasgadura en la página 72 y una mancha circular de café en la esquina derecha de la contracubierta. La regla epistemológica para la lectura, establecida en el siglo II, de que el texto más reciente reemplaza al anterior, puesto que se supone que lo contiene, ha sido muy pocas veces verdad en mi caso. En la alta Edad Media, los copistas, supuestamente, "corregían" los errores que advertían en los textos que copiaban, produciendo, en consecuencia, un texto "mejor": para mí, sin embargo, la edición en la que leía un libro por vez primera se convertía en la edición príncipe, con la que era necesario comparar todas las demás. La imprenta ha creado la ilusión de que todos los lectores del Quijote están leyendo el mismo libro. Para mí, incluso hoy, sigue sin ser cierto que la invención de la imprenta haya tenido lugar, por lo que cada ejemplar de un libro sigue siendo tan único como el fénix.

La verdad, sin embargo, es que determinados libros prestan ciertas características a determinados lectores. En la posesión de un libro está implícita la historia de las lecturas previas de ese libro, de manera que cada nuevo lector se ve afectado por lo que imagina que ha significado el libro para sus anteriores poseedores. Mi ejemplar de segunda mano de la autobiografía de Kipling, *Algo de mí mismo*, que compré en Buenos Aires, tiene en la sobrecubierta un poema escrito a mano, fechado el día de la muerte del escritor. El poeta improvisado, propietario de ese ejemplar, ¿será un ardiente imperialista?, ¿un amante de la prosa de Kipling que descubría al artista bajo el barniz patrioter? La imagen que me hago de mi predecesor influye en mi lectura porque me descubro dialogando con él, discutiendo este o aquel punto. Cada libro trae a sus nuevos lectores su propia historia.

¹⁷ Jamaica Kincaid, *A Small Place* (Nueva York, 1988).

La señorita Lebach seguramente sabía que sus empleados hurtaban libros, pero sospecho que, mientras no sobrepasásemos ciertos límites tácitos, estaba dispuesta a cerrar los ojos. Una o dos veces me sorprendió absorto en un libro recién recibido, y se limitó a decirme que siguiera con mi trabajo y que me quedara con el libro para leerlo en casa, en mi tiempo libre. En su tienda llegaron a mis manos libros maravillosos: *José y sus hermanos*, de Thomas Mann; *Herzog*, de Saúl Bellow; *El enano*, de Par Lagerkvist; *Nueve cuentos*, de Salinger; *La muerte de Virgilio*, de Broch; *El niño verde*, de Herbert Read; *Las confesiones de Zeno*, de Italo Svevo; así como los poemas de Rilke, los de Dylan Thomas, los de Emily Dickinson, los de Gerald Manley Hopkins, la lírica amorosa egipcia traducida por Ezra Pound, la epopeya de Gilgames.

Cierta tarde entró en la librería Jorge Luis Borges, acompañado por su madre, de ochenta y ocho años. Borges ya era famoso, pero yo sólo había leído algunos, pocos, de sus poemas y relatos, y no sentía una admiración incondicional por su obra. Borges estaba ya casi completamente ciego, pero se negaba a usar bastón, y pasaba la mano por los estantes como si pudiera ver los títulos con los dedos. Buscaba libros que le ayudaran a estudiar anglosajón, su pasión del momento, y habíamos encargado para él el diccionario de Skeat y una edición anotada de *La batalla de Maldon*. La madre de Borges se impacientó: "¡Ah, Georgie!", dijo. "¡No sé por qué perdés el tiempo con el anglosajón en lugar de estudiar algo útil como el latín o el griego!" Finalmente Borges se volvió y me pidió varios libros. Encontré algunos y tomé nota de los demás; y cuando ya se disponía a marcharse, me preguntó si estaba ocupado por las noches, ya que necesitaba (lo explicó excusándose mucho) alguien que le leyera, puesto que su madre se cansaba enseñando. Le dije que estaba libre.

Durante los dos años siguientes leí para Borges, como lo hicieron otros muchos conocidos casuales y afortunados, por las noches o, si mis clases lo permitían, por las mañanas. El ritual era siempre muy parecido. Haciendo caso omiso del ascensor, yo subía las escaleras hasta su apartamento (escaleras similares a las que Borges había subido una vez con un ejemplar recién adquirido de *Las mil y una noches* sin darse cuenta de que una ventana estaba abierta, por lo que se hizo un corte profundo que terminó por infectarse, lo que le produjo delirios y llegó a hacerle temer que se estuviera volviendo loco); tocaba el timbre; la mucama me conducía, a través de una entrada con una cortina, hasta una pequeña sala de estar donde Borges venía a mi encuentro, la mano extendida, para obsequiarme con un apretón más bien flácido. Empezábamos de inmediato. Él se sentaba, expectante, en el sofá, mientras yo me acomodaba en un sillón; acto seguido, con voz ligeramente asmática, me sugería la lectura para aquella noche. "¿Qué tal si hoy probamos con Kipling, eh?" No esperaba, por supuesto, que yo le respondiera.

En aquella salita, bajo un grabado de Piranesi que representaba unas ruinas romanas circulares, le leí a Kipling, a Stevenson, a Henry James, diferentes

artículos de la enciclopedia alemana Brockhaus, versos de Marino, de Enrique Banchs, de Heine (aunque estos últimos se los sabía de memoria, de manera que, cuando no había hecho más que iniciar mi lectura, su voz vacilante me sustituía y seguía recitando; la vacilación afectaba sólo a la cadencia, pero no a las palabras mismas, que recordaba a la perfección). Muchos de aquellos autores yo no los había leído antes, de manera que el ritual era bastante curioso. Yo descubría un texto leyéndolo en voz alta, mientras Borges, por su parte, utilizaba los oídos como otros lectores utilizan los ojos para recorrer la página en busca de una palabra, de una frase, de un párrafo que confirme lo que recuerdan. Mientras leía, él me interrumpía a veces para hacer un comentario sobre el texto, con el fin (creo yo) de tomar nota mentalmente.

Deteniéndome después de una línea que le pareció desternillante en las *Nuevas mil y una noches* de Stevenson ("vestido y pintado para representar a una persona relacionada con la prensa y en circunstancias apuradas "¿Cómo puede alguien vestirse de esa manera?, ¿eh? ¿Qué cree que tenía Stevenson en la cabeza? ¿Ser imposiblemente preciso, no?"), pasó a analizar el procedimiento estilístico consistente en definir algo o a alguien mediante una imagen o categoría que, aunque exacta en apariencia, obliga al lector a crear una definición personal. Él y su amigo Adolfo Bioy Casares habían jugado con esa idea en un relato de quince palabras: "El enmascarado subía la escalera. Sus pasos retumbaban en la noche: Tic, tac, tic, tac".

Mientras me escuchaba leer el relato de Kipling "Mas allá del muro", Borges me interrumpió, después de una escena en la que una viuda hindú envía a su amante un mensaje hecho con diferentes objetos recogidos en un hatillo, y me señaló lo poéticamente adecuado de la acción, preguntándose en voz alta si Kipling habría inventado aquel lenguaje, simbólico y concreto al mismo tiempo¹⁸. A continuación, y como si pasara revista a una biblioteca mental, lo comparó con el "lenguaje filosófico" de John Wilkins, en el que cada palabra es una definición de sí misma. Borges señaló, por ejemplo, que la palabra salmón no nos dice nada del objeto que representa; zana, la palabra correspondiente en el idioma de Wilkins, basada en categorías preestablecidas, significa "pez escamoso, fluvial, de carne rojiza"¹⁹: z para pez, za para pez fluvial, zan para pez fluvial con escamas y zana para pez

¹⁸ Por entonces ni Borges ni yo sabíamos que el "mensaje" mencionado por Kipling no era una invención. Según Ignace J. Gelb (*The History of Writing* [Chicago, 1952]), una joven del Turkestán Oriental envió a su amante un mensaje que consistía en un puñado de té, una brizna de hierba, un fruto rojo, un orejón, un trozo de carbón, una flor, un terrón de azúcar, un guijarro, una pluma de halcón y una nuez. El mensaje quería decir lo siguiente: "Ya no puedo beber té, sin ti estoy tan pálida como la hierba, mi corazón arde como el carbón, eres tan hermoso como una flor y tan dulce como el azúcar, pero, tienes una roca en lugar de corazón? Volaría hasta ti si tuviese alas, soy tan tuya como una nuez que estuviera en tu mano".

¹⁹ Borges analizó el lenguaje de Wilkins en un ensayo, 'E1 idioma analítico de John Wilkins', en *Otras inquisiciones* (Buenos Aires, 1952).

fluvial con escamas y de carne rojiza. Leerle a Borges siempre provocaba una reorganización mental de mis propios libros; aquella noche, Kipling y Wilkins quedaron colocados el uno junto al otro en el mismo estante imaginario.

En otra ocasión (no consigo recordar qué fue lo que me había pedido que leyera), Borges empezó a hacer una antología improvisada con malos versos de autores famosos, entre los que figuraban "El búho, pese a sus muchas plumas, tenía frío", de Keats; "¡Ah, mi alma profética! ¡Mi tío!", de Shakespeare (A Borges la palabra "tío" le parecía muy poco poética, una palabra impropia de Hamlet; el habría preferido "¡el hermano de mi padre!" o "¡el familiar de mi madre!"); "No somos más que las pelotas de tenis de las estrellas", de Webster en *La duquesa de Malfi*, y los dos últimos versos de Milton en *El paraíso reconquistado*: "Sin ser visto, regresó privadamente al hogar, la casa de su madre", lo que (a juicio de Borges) convertía a Jesucristo en un caballero inglés con sombrero hongo que vuelve a casa de mamá para tomar el té.

A veces hacía uso de nuestras lecturas para su propia escritura. Su descubrimiento de un tigre fantasmal en "Los rifles del regimiento", que leímos poco antes de la Navidad, le llevó a componer uno de sus últimos relatos, "Tigres azules"; "Dos imágenes en un estanque", de Giovanni Papini, inspiró su "24 de agosto de 1982", una fecha que por entonces aún pertenecía al futuro; lo mucho que le irritaba Lovecraft (cuyos cuentos me hizo comenzar y abandonar media docena de veces) le hizo crear una versión "corregida" de un cuento de Lovecraft y publicarlo en *El informe de Brodie*. A menudo me pedía que escribiera algo en las guardas del libro que estábamos leyendo: la referencia de un capítulo o una idea. Ignoro que uso hacía de esas anotaciones, pero el hábito de hablar de un libro a sus espaldas también llegó a ser mío.

En un cuento de Evelyn Waugh, un caballero inglés, rescatado por otro individuo en las profundidades de la selva amazónica, se ve forzado por su salvador a leerle a Dickens durante el resto de su vida²⁰. Nunca tuve la sensación de limitarme a cumplir un deber cuando leía para Borges; se parecía, más bien, a la experiencia de un feliz cautiverio. Más que los textos que Borges me hacía descubrir (muchos de los cuales se convirtieron a la larga en mis preferidos), me subyugaban sus comentarios, que eran enormemente eruditos pero discretos, muy divertidos, a veces crueles y casi siempre indispensables. Yo tenía la sensación de ser el singular propietario de una edición cuidadosamente anotada, y preparada exclusivamente para mi uso. Eso, por supuesto, no era cierto; yo era sencillamente (al igual que otros muchos) el cuaderno de notas de Borges, un *aidememoire* que el hombre ciego necesitaba para recopilar sus ideas. Y yo estaba totalmente dispuesto a ser utilizado.

²⁰ Evelyn Waugh, "The Man Who Liked Dickens", un capítulo de *A Handful of Dust* [Un puñado de polvo] (Londres, 1934).

Antes de conocer a Borges, o bien había leído en silencio o alguien me había leído en voz alta un libro elegido por mí. Leer en voz alta a aquel escritor ciego entrado en años era una experiencia curiosa, porque si bien yo me sentía, no sin esfuerzo, en control del tono y del ritmo de la lectura, era sin embargo Borges, el oyente, quien se convertía en amo del texto. Yo era el conductor, pero el paisaje, el espacio exterior, pertenecía al conducido, para quien no existía otra responsabilidad que la de captar lo que había al otro lado de la ventanilla. Borges elegía el libro, Borges me hacía detenerme o me pedía que continuara, Borges me interrumpía para comentar, Borges permitía que las palabras llegaran hasta él. Yo era invisible.

Pronto aprendí que la lectura es acumulativa y que procede por progresión geométrica: cada nueva lectura edifica sobre lo que el lector ha leído previamente. Empecé adoptando una postura crítica ante los relatos que Borges escogía para mí -decidí de antemano que la prosa de Kipling sería envarada, la de Stevenson infantil y la de Joyce ininteligible-, pero muy pronto los prejuicios dejaron paso a la experiencia, y el descubrimiento de un relato hacía que tuviera deseos de leer otro, el cual, a su vez, se enriquecía con el recuerdo tanto de las reacciones de Borges como de las mías. El progreso de mis lecturas nunca siguió la secuencia convencional del tiempo. Por ejemplo, leer en voz alta para Borges textos que yo había leído ya por mi cuenta modificaba esas anteriores lecturas solitarias, ampliando y transformando mis recuerdos, haciendo que percibiera lo que no había advertido entonces pero que ahora me parecía recordar, mediante un proceso desencadenado por la reacción de Borges. "Hay aquellos que, mientras leen un libro, recuerdan, comparan, reviven emociones de otras lecturas anteriores", señaló Ezequiel Martínez Estrada. "Esa es una de las más delicadas formas de adulterio"²¹. Borges descreía en las bibliografías sistemáticas y alentaba ese tipo de lecturas adúlteras.

Además de Borges, unos pocos amigos, varios profesores y una reseña aquí y allá me han sugerido títulos de cuando en cuando, pero en gran medida mis encuentros con los libros han sido una cuestión de suerte, como los encuentros de esos desconocidos que se cruzan y que en el decimoquinto canto del Infierno de Dante "se miran unos a otros cuando la luz diurna se convierte en crepúsculo y aparece en el cielo una luna nueva", y que, de repente, descubren un atractivo irresistible en un rasgo, en una mirada, en una palabra.

Al principio mantenía mis libros en rígido orden alfabético, por autores. Luego empecé a dividirlos por géneros: novelas, ensayos, obras teatrales, poemas. Más adelante traté de agruparlos por idiomas, y cuando, durante mis viajes, me veía obligado a conservar sólo unos pocos, separaba los que apenas leía de aquellos que leía todo el tiempo y, finalmente, de los que quería leer. A veces mi biblioteca obedecía reglas secretas, nacidas de asociaciones idiosincrásicas. Jorge Semprún

²¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Leer y escribir* (México, D. F., 1969).

conservaba *Lotte en Weimar*, de Thomas Mann, entre sus libros sobre Buchenwald, el campo de concentración en el que lo internaron durante la segunda guerra mundial, porque esa novela empieza con una escena en el hotel Elephant de Weimar,-a donde fue conducido después de su liberación²². En una ocasión se me ocurrió que sería divertido construir, basándose en este tipo de asociaciones, una historia de la literatura, explorando, por ejemplo, las relaciones entre Aristóteles, Auden, Jane Austen y Marcel Aymé (según mi orden alfabético), o entre Chesterton, Sylvia Townsend Warner, Borges, san Juan de la Cruz y Lewis Carroll (entre mis autores preferidos). Me parecía que la literatura que se enseñaba oficialmente -en la que se explicaban los vínculos entre Cervantes y Lope de Vega basándose en el hecho de que compartieron el mismo siglo, o en la que *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez (una bobería en la que un poeta se enamora de un burro) se considera una obra maestra- provocaba una selección tan arbitraria o tan permisible como la de la historia de la literatura que podía preparar yo mismo, basada en mis descubrimientos a lo largo del tortuoso camino de mis propias lecturas y del tamaño de mis estanterías. La historia de la literatura, tal como quedaba consagrada en los manuales escolares y en las bibliotecas oficiales, me parecía no ser nada más que la historia de determinadas lecturas que, pese a ser más antiguas y a estar mejor informadas que las mías, no dependían menos de la casualidad y de las circunstancias.

Un año antes de terminar el bachillerato, en 1966, cuando el gobierno militar del general Onganía tomó el poder, descubrí un nuevo sistema para ordenar libros. Sospechosos de ser comunistas u obscenos, ciertos títulos y ciertos autores se incorporaron a la lista del censor, y los registros cada vez más frecuentes de la policía en cafés, bares y estaciones de ferrocarril, o simplemente en la calle, hicieron que fuese tan importante no ser visto con un libro sospechoso en la mano como llevar un documento de identificación en regla. Los autores prohibidos - Pablo Neruda, J. D. Salinger, Máximo Gorki, Harold Pinter- formaban otra historia de la literatura, cuyos vínculos no eran ni evidentes ni eternos, y cuya comunidad de opiniones y sentimientos revelaba exclusivamente la meticulosa mirada del censor.

Pero la lectura no aterriza sólo a los gobiernos totalitarios. En los patios de las escuelas y en los vestuarios de los clubes se intimida a los lectores tanto como en los despachos gubernamentales y en las prisiones. En casi todas partes la comunidad de los lectores tiene una reputación ambigua que proviene de la autoridad inherente a la lectura y del poder que se le atribuye. En la relación entre lector y libro hay algo que se reconoce como acertado y fructífero, pero también como desdeñosamente exclusivo y excluyente, quizá porque la imagen de una persona acurrucada en un rincón, olvidada al parecer del "mundanal ruido", sugiere una independencia impenetrable, una mirada egoísta y una actividad

²² Jorge Semprun, *L'écriture ou la vie* (Paris, 1994).

singular y sigilosa. ("¡Anda y viví un poco!" me decía mi abuela cuando me veía leyendo, como si mi silenciosa actividad contradijera su idea de lo que significaba estar vivo.) El miedo de la gente a lo que un lector pueda hacer entre las páginas de un libro es semejante al temor eterno que tienen los hombres a lo que puedan hacer las mujeres en los lugares secretos de su cuerpo, o a lo que las brujas o los alquimistas puedan hacer en la oscuridad, detrás de puertas cerradas con llave. El marfil, según Virgilio, es el material con el que esta hecha la Puerta de los Falsos Sueños; según Sainte-Beuve, también de ese material esta hecha la torre del lector.

Borges me dijo en una ocasión que, durante una de las manifestaciones populistas organizadas en 1950 por el gobierno de Perón contra los intelectuales opuestos al régimen, los manifestantes repetían: "Alpargatas sí, libros no". La réplica "Alpargatas sí, libros también" no convenció a nadie. La realidad -realidad áspera, necesaria, parecía entrar irremediabilmente en conflicto con el mundo de ensueño y evasión de los libros. Con esa excusa, y cada vez con mayores efectos, quienes están en el poder impulsan activamente la dicotomía artificial entre vida y lectura. Los regímenes populares exigen que olvidemos y, por consiguiente, estigmatizan los libros como lujo superfluo; los regímenes totalitarios quieren que no pensemos y, en consecuencia, prohíben y amenazan y censuran; ambos, en general, necesitan que nos hagamos estúpidos y que aceptemos nuestra degradación con docilidad, por lo que, lógicamente, alientan el consumo de cosas insustanciales. En situaciones como esas, los lectores son inevitablemente subversivos.

Y así, ambiciosamente, paso de mi historia como lector a la historia del acto de leer. O, más bien, a una historia de la lectura, puesto que cualquier historia como esa -hecha a partir de intuiciones personales y circunstancias privadas ha de ser una entre muchas, por impersonal que se proponga ser. En último término, quizá la historia de la lectura sea la historia de cada una de las personas que leen. Incluso su punto de partida tiene que ser fortuito. Al reseñar una historia de las matemáticas que se publicó a mediados de los años treinta, Borges escribió que adolecía "de un defecto insalvable: el orden cronológico de los hechos no corresponde al orden lógico, natural. La buena definición de los elementos es en muchos casos lo último, la práctica precede a la teoría, la impulsiva labor de los precursores es menos comprensible para el profano que la de los modernos"²³. Algo muy parecido se puede decir de una historia de la lectura. Su cronología no puede ser la de la historia política. El escriba sumerio, para quien leer era una prerrogativa muy apreciada, tenía un sentido de la responsabilidad mucho más desarrollado que el lector de Nueva York o Santiago, puesto que una norma legal o la liquidación de una cuenta dependían de su exclusiva interpretación. Los métodos de lectura de la baja Edad Media, que definían cuando y como leer, distinguiendo, por ejemplo, entre el texto que se ha de leer en voz alta y el que se

²³ Jorge Luis Borges, reseña de *Men of Mathematics*, de E. T. Bell, en *El Hogar*, Buenos Aires, 8 de julio, 1938.

ha de leer en silencio, estaban mucho más claramente establecidos que los que se enseñaban en la Viena de fin de siglo o en la Inglaterra del rey Eduardo VII.

Tampoco puede ajustarse una historia de la lectura a la sucesión coherente que encontramos en la historia de la crítica literaria; las dudas (acerca de las posibilidades de que el texto impreso reprodujera sus experiencias)²⁴ de Anna Khatarina Emmerich, la mística alemana del siglo XIX, ya habían sido expresadas, todavía con más vigor, dos mil años antes por Sócrates (a quien los libros le parecían un impedimento para el saber)²⁵ y en nuestro tiempo por el crítico alemán Hans Magnus Enzensberger (que alabó el analfabetismo y propuso regresar a la creatividad original de la literatura oral)²⁶. Esta postura fue rebatida por el ensayista estadounidense Allan Bloom²⁷, entre otros muchos; con espléndido anacronismo, Bloom ya había sido corregido y mejorado por su precursor, el ensayista inglés Charles Lamb, quien en 1833 confesó que le encantaba perderse "en la mente de otras personas. Cuando no estoy caminando", dijo, "leo; no puedo sentarme y pensar. Los libros piensan por mí"²⁸. La historia de la lectura tampoco se corresponde con la cronología de las historias de la literatura, puesto que la historia de la lectura de un determinado autor comienza, frecuentemente, no con su primer libro sino con uno de sus futuros lectores; al marqués de Sade lo rescataron de las estanterías de la literatura pornográfica, donde sus libros habían permanecido durante más de 150 años, el bibliófilo Maurice Heine y los surrealistas franceses; William Blake, ignorado durante más de dos siglos, comienza a existir en nuestro tiempo gracias al entusiasmo de los críticos sir Geoffrey Keynes y Northrop Frye, quienes lo convirtieron en lectura obligatoria en las universidades.

A nosotros, los lectores de hoy, supuestamente amenazados de extinción, todavía nos queda por aprender qué es la lectura. Nuestro futuro -el futuro de la historia de nuestra lectura- lo exploró san Agustín, que trató de distinguir entre el texto percibido en la mente y el texto dicho en voz alta; lo exploró Dante, que se planteó los límites del poder de interpretación del lector; la Dama Murasaki, que abogó por la especificidad de determinadas lecturas; Plinio, que analizó el rendimiento de la lectura y la relación entre el escritor que lee y el lector que escribe; lo exploraron los escribas sumerios, que impregnaron de poder político al acto de leer; los primeros fabricantes de libros, que consideraron demasiado restrictivos e incómodos los métodos para leer manuscritos en forma de rollo (semejantes a los

²⁴ P. K. E. Schmogger *Das Leben der Gottseligen Anna Katharina Emmerich* (Friburgo, 1867).

²⁵ Platón, Phaedrus, en *The Collected Dialogues*, ed. Edith Hamilton y Huntington Cairns (Princeton, 1961).

²⁶ Hans Magnus Enzensberger, "In Praise of Illiteracy" en *Die Zeit*, Hamburgo, 29 de noviembre, 1985.

²⁷ Allan Bloom, *The Closing of the American Mind* (Nueva York, 1987).

²⁸ Charles Lamb, "Detached Thoughts on Books and Reading", en *Essays of Elia* (Londres, 1833).

métodos que utilizamos ahora para leer en nuestros ordenadores), y nos ofrecieron en cambio la posibilidad de pasar las hojas velozmente y de tomar notas en sus márgenes. El pasado de esa historia se halla delante de nosotros, en el futuro que, con propósito admonitorio, describe Ray Bradbury en la última página de *Fahrenheit 451*, un futuro en el que los libros no están impresos en papel sino que se conservan en la mente.

Como el acto mismo de leer, una historia de la lectura avanza hasta nuestro tiempo -hasta mí, hasta mi experiencia como lector- y luego vuelve hacia atrás, a una temprana página de un distante siglo que nos es desconocido. Se salta capítulos, hojea, selecciona, relee, se niega a seguir un orden convencional. Paradójicamente, el miedo que contraponen lectura y vida activa y que impulsaba a mi abuela a apartarme de mi libro y de mi silla para sacarme al aire libre, reconoce una verdad trascendente: "No es posible treparse de nuevo a la vida, ese irreplicable viaje en diligencia, una vez llegada a su fin escribe el novelista turco Orhan Pamuk en *El castillo blanco*, "pero si se tiene un libro en la mano, por complicado y difícil de entender que sea, cuando se termina de leer, se puede, si se quiere, volver al principio, leerlo de nuevo y entender así qué es lo difícil y, al mismo tiempo, entender también la vida"²⁹).

²⁹ Orhan Pamuk, *The White Castle*, traducción, Victoria Holbrook (Manchester, 1990).